

## *La frontera étnica en el noreste mexicano. Los comanches entre 1800-1841*

CUAUHTÉMOC VELASCO (2013).

México, Instituto Nacional de Antropología e Historia-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 408 pp.



Leticia Reina

DIRECCIÓN DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DEL INSTITUTO

NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

*reina.leticia3@gmail.com*

La historiografía mexicana sobre los pueblos indígenas del siglo XIX se remonta a unos 30 años de ejercicio académico sistemático. Sin embargo, la gran mayoría de las investigaciones se han enfocado fundamentalmente al estudio de los grupos étnicos asentados en la llamada Mesoamérica, en donde habitaron pueblos sedentarios dedicados a la agricultura. Al norte de esta área se encontraban establecidos los comanches y un gran número de grupos étnicos cuyas formas de vida corresponden al complejo cultural de Aridoamérica (al norte de Mesoamérica), es decir, pobladores con movilidad rotatoria, dedicados a la caza y a la guerra.

En esta región, de lo que otrora fuera México, el otro México, el México olvidado, como bien reclama la arqueóloga Tita Braniff, arqueóloga especialista en los estudios de Occidente, hasta hace algunos años se hacía poca investigación histórica y antropológica. Poca atención se había puesto sobre la frontera norte y menos aún sobre el territorio y los pueblos que vivieron en el norte de la Nueva España, hoy el sur de los Estados Unidos de Norteamérica. Este espacio y los grupos étnicos que lo habitaron se convirtieron en un coto de investigación para las universidades estadounidenses.

Este gran territorio perteneció a México hasta que se perdió como consecuencia de la invasión norteamericana a mediados del siglo XIX. Con ello, también se perdieron estos grupos indígenas de la memoria colectiva y de la agenda académica mexicana. Este espacio, de ser el norte mexicano, pasó a ser el sur de los Estados Unidos de Norteamérica y con ello, los pobladores se convirtieron en objeto de exterminio y de legislación así como material importante de estudio. Por ello, esta área cultural ha sido ampliamente estudiada por los universitarios norteamericanos pero muy poco y casi olvidada por los académicos mexicanos. Entonces, este libro constituye un aporte historiográfico y una

nueva visión del acontecer histórico de la frontera étnica en el antiguo noreste mexicano y en particular, sobre las dinámicas de organización social y de cambio entre los comanches y los otros grupos étnicos con los que alternaban y convivieron durante la primera mitad del siglo XIX.

No es lo mismo estudiar los indios de lo que fue Mesoamérica, de aquellos que habitaron la región de Aridoamérica. Existe una gran diferencia metodológica y conceptual entre investigar y comprender a los pueblos sedentarios y agrícolas, y analizar e interpretar el devenir histórico de los indios seminómadas y cazadores-recolectores de las praderas. Asunto al que volveremos después.

Es por ello que el libro que aquí reseñamos, resulta de singular importancia, ya que recrea y reconstruye la vida y el quehacer de aquellos pueblos de indígenas y criollos, de cazadores y rancheros, de comerciantes y militares habitando bellas y extensas praderas ocupadas por grandes manadas de bisontes o búfalos. De esta manera, la obra de Cuauhtémoc Velasco resulta un aporte historiográfico y significa abrir brecha para nuevas investigaciones y reforzar las miradas de investigación sobre grupos sociales con diferentes sistemas culturales y en general sobre el antiguo norte mexicano.

¿Qué es lo que narra y analiza el libro, qué plantea? Este libro es una historia de las relaciones sociales, políticas y de guerra entre dos culturas: la de los pueblos indios, compuesta a su vez por una gran diversidad de grupos étnicos y por la gente criolla o después llamada mestiza que podían ser autoridades generales, regionales o locales, militares de la zona, vecinos-rancheros y comerciantes. Los primeros, autóctonos del lugar y los segundos migrantes que llegaron a conquistar aquellas tierras y pueblos originario. Me

parece que el título del libro *La frontera étnica en el noreste mexicano. Los comanches entre 1800-184*, logra una buena síntesis y evocación metodológica que parece haberse inspirado en el libro de Fredrick Barth (1976) intitulado *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales*. Y como las enseñanzas de este libro clásico, el autor hace un estudio de la etnicidad focalizada en el desarrollo de las negociaciones de límites geográficos entre sus distintos actores sociales. Por ello, describe las prácticas culturales y los diferentes aspectos que las distinguen e identifican, no como entidades circunscritas, sino como generadoras de lazos primordiales y las ubica en ese espacio de interacción entre los diferentes grupos.

La reconstrucción histórica de estos pueblos comanches, entre 1800 y 1840, la realiza a través de una red de procesos interconectados, cuyos enlaces son las cualidades ecológicas, demográficas, económicas, políticas y culturales. Amén de que la narración está atravesada por una historia de geopolítica y en la que intervinieron los intereses de dos Estados en formación, así como la necesidad de cada uno de ellos: México y los Estados Unidos de Norteamérica por delimitar su frontera política.

El libro es interesante porque a través de la narrativa clara y de fácil lectura, logra darle voz a los que no la tienen en las fuentes. Los comanches y todos los otros grupos étnicos nativos no dejaron fuentes documentales escritas, entonces resulta admirable la reconstrucción histórica que hace de los pueblos vencidos los cuales, en el mejor de los casos, terminaron confinados en *resguardos*. No cabe duda que Velasco tiene implícito a lo largo del libro, una concepción de la historia social con varias fuentes de inspiración: la tradición inglesa sobre “la historia desde abajo”; la historia de las mentalidades francesa o tal vez la psichistoria inglesa y preponderantemente norteamericana (visible porque gran parte de su bibliografía tiene esta procedencia) y la de los estudios subalternos. Esta corriente se desarrolló principalmente en la India donde los investigadores hindúes incorporaron al pueblo como parte fundamental en la construcción del nacionalismo. Del mismo modo, en este texto los comanches y demás pueblos nómadas de las praderas aparecen como actores centrales en la definición de las fronteras nacionales.

Pero hay otra vocación presente en el libro y que interesa destacar. Ésta es la que describe y analiza los encuentros y desencuentros entre diferentes culturas. Seguramente este enfoque ha sido estimulado por lo que se llamó la nueva historia cultural del microhistoriador italiano Carlo Ginzburg, caracterizada en

parte por tratar de rescatar los problemas desde “la perspectiva misma de las víctimas” en los procesos históricos estudiados.

En esta dimensión cultural de las sociedades confrontadas, hace una recreación muy fina de lo que se ha llamado la cultura de las clases populares, en este caso, la de los grupos subalternos como los comanches, lipanes, yamparicas, osages, quicapús, iguanes, tahuayaces y muchos más que, aunque es difícil pensarlos como una clase en condición de sometimiento y subalteridad a semejanza de los grupos indígenas del sur sureste mexicano, sufriendo los estragos y vejaciones que les provocaron las haciendas y las minas del periodo colonial y decimonónico. Los grupos nómadas del norte tampoco dejaron de padecer la presencia tanto de los mestizos mexicanos, como de los anglosajones que deseaban apoderarse de sus territorios y riquezas naturales ahí contenidas, amén de tratar de someterles para convertirlos en fuerza de trabajo sedentaria para que trabajaran en sus unidades de producción. Y no sobra remarcar que desde esta perspectiva, el autor no sólo describe los rasgos culturales de esta pequeña región del continente y el contexto en el cual éstos se desarrollaron y confrontaron, sino que el libro intenta descifrar los códigos de comprensión para acceder a lo fundamental de las estructuras profundas. Por ejemplo, las diferencias en los conceptos de propiedad, de territorialidad, de la guerra misma. Para los comanches no era importante acumular bienes, lo primordial era tener caballos y mujeres. ¿Por qué? Porque los demás bienes sólo les estorbaban en su vida como nómadas. Esto, a los ojos de los mexicanos y anglosajones significaba que no tenían aliento para acumular bienes y riqueza. Para los comanches representaba libertad de movilidad.

Así mismo, la diferencia en el concepto de territorialidad entre nómadas y “civilizados”, como dice Velasco, “era tan grande, que tenía implicaciones hasta en el modo de hacer la guerra.” Y continua diciendo: “Para los comanches no tenía sentido la guerra de posiciones, pues de nada servía conquistar de manera permanente un punto estratégico o una ciudad. La guerra para ellos era un constante ir para causar daño al enemigo y regresar con el botín recuperado, y el territorio un espacio amplio que garantizaba su libertad de movimiento. Por ello luchaban por el acceso a territorios abiertos en donde se podían explotar los recursos sin interferencias.” (p. 365).

A medida que en la narración del libro se describe y analiza el conjunto de relaciones sociales, étnica e interétnicas, tanto entre estas dos grandes y diferentes culturas, como al interior de los mismos grupos

indígenas, el dibujo o realidad reconstruida no constituye una masa homogénea ni pasiva de colectividades, sino que el autor describe, con puntada fina, un mundo con múltiples diferencias. En él aparece la incorporación (agregación) de grupos, las desagregaciones y hasta las diferencias culturales y lingüísticas entre las múltiples comunidades. Pero sobre todo, estos relatos no son simples descripciones de formas distintas de vida, sino que Velasco elabora, lo que Clifford Geertz denomina una etnografía densa. Es decir, reconstruye la cultura de los comanches como un conjunto de significados, un tejido de relaciones sociales que construye el hombre, mismas que lo modifican y organizan a la sociedad de una manera dialéctica.

Esta ethnohistoria que escribió Cuauhtémoc, es a modo de demostrar gráficamente la urdimbre de las relaciones sociales, entretejidas por los seres humanos y las cuales dieron forma a su cultura. En términos "Geertzianos", el autor interpreta las fuentes buscando significaciones y éstas son las que narra en el libro que aquí analizamos.

En la investigación se consultaron muchas y diversas fuentes de información, pero yo sólo me quiero referir a dos de ellas, el trabajo de Louis Berlandier, botánico francés que hizo la clasificación de los indios del norte. En su libro *Los indios de Texas en 1830*, citado y analizado por Velasco, logra descripciones maravillosas, dignas de un antropólogo del siglo XXI. Sólo mencionaré una de sus narraciones y en la cual recrea extraordinariamente las relaciones de género al interior de esa sociedad:

*El cazador exitoso pronto adquiere una reputación que le hace ganar el respeto de todos. Constantes, infatigables, acorralan a su presa fácilmente y la matan con extraordinaria habilidad... En ocasiones el cazador la lleva a su tienda, pero con más frecuencia simplemente la limpia para que no se eche a perder. La infortunada esposa del nativo es enviada entonces al punto donde la presa ha dejado tirada, donde la mujer la desolla, la corta y*

*se la lleva de regreso a la tienda. Esta misma mujer debe entonces secar parte de la carne, curtir el cuero con algunos de los huesos, cubrir la piel con elaboradas pinturas y luego usarla para hacer ropa más o menos elegantes las cuales ella decorará con cuentas bordadas multicolores, de acuerdo al gusto de los nómadas. Y nuevamente es la esposa quien arma las tiendas en el trayecto y las levanta en la mañana, quien ensilla, carga y desensilla los caballos, mientras el cabeza de familia no tiene nada en qué pensar excepto en cazar y en permanente alerta por posibles emboscadas enemigas. (p. 57)*

El texto es muy elocuente, pero de cualquier forma ¿qué podemos pensar a casi dos siglos de distancia?

No debe dejar de leer y observar la otra fuente de información, la cual corresponde a las pinturas y descripciones del estadounidense George Catlin sobre los diferentes grupos étnicos que habitaban esta región del norte de México. Este autor realizó una excelente recreación de la indumentaria utilizada por la población en diferentes circunstancias, su vivienda, sus costumbres de la vida cotidiana y familiar, las actividades de caza, de jinetes y en general del hábitat donde vivían, se movían y se reproducían estos grupos. Desde luego que las pinturas están elaboradas por un ojo muy sensible, capaz de reproducir otra cultura y distorsionarla lo menos posible desde su mirada occidental. Las ilustraciones del libro son una belleza pictórica y tienen un gran valor etnográfico.

Para terminar, el libro de Velasco no sólo constituye un aporte historiográfico novedoso e interesante sobre los pueblos de la frontera noreste, sino que el autor, al investigar esta realidad norteña, se apropió simbólicamente de ese territorio perdido. Sus trabajos, junto con los de otros mexicanos que se han acercado a desentrañar el acontecer histórico de ese espacio, abren las puertas a nuevas investigaciones y estimulan a jóvenes investigadores, al tiempo que significa reincorporar esa parte del país a nuestra memoria histórica.